

CENTENARIO NACIMIENTO
CARDENAL **TARANCÓN**
1907-2007

WWW.CARDENALTARANCÓN.ORG

CENTENARIO NACIMIENTO CARDENAL **TARANCÓN**

La presente biografía está escrita en 1990 y está extraída de la siguiente publicación: 1907-

ISBN (13): 978-84-89944-31-2

ISBN (10): 84-89944-31-8

Título: el Cardenal Tarancón desde su retiro

Autor: Asín Bernal Pedro

Edición: 1 edición

Publicación: Castellón, Diputación Provincial de Castellón. Servicio de Publicaciones
= Diputació Provincial de Castelló. Servei de Publicacions , 06/1998

WWW.CARDENALTARANCÓN.ORG

El Cardenal Tarancón nació en la ciudad de Burriana (Castellón), el 14 de mayo de 1907. Hijo de D. Manuel Enrique Urios y doña Vicenta Tarancón Fandos, siendo el segundo de los tres hermanos, Manuel y Vicenta.

Eran labradores acomodados y de cultura media, según manifiesta el propio D. Vicente de sus padres.

De una forma o de otra, D. Vicente vivió siempre en un ambiente de notable religiosidad, que arrancaba desde su propia casa, con unos padres especialmente religiosos. Su hermano mayor, Manuel, fue el primero en ir al seminario, aunque posteriormente abandonaría la carrera eclesiástica.

Estudió sus primeras letras en el Colegio de la Consolación. Como corresponde en estos casos, también fue monaguillo, y según manifiesta, no de los modositos y fáciles de dominar.

Al margen de ello, este no es el caso del joven que de monaguillo le vino después la vocación. D. Vicente dice que su vocación sacerdotal nació con él mismo, sin necesidad de que nadie se la «metiera», como él mismo dice.

Ingresó en el seminario de Tortosa en el año 1917, a la edad de diez años.

Era un muchacho ligeramente rebelde, por lo que, según manifiesta, no tiene gratos recuerdos de sus primeros pasos en el seminario.

Vivía permanentemente asustado a pesar de que allí estudiando tenía su hermano mayor Manuel, y un primo, porque su temperamento chocaba con la férrea disciplina del internado.

Otro hecho complicó la vida del joven seminarista. Lo que constituye una virtud, como es la memoria, para quienes la poseen, se convirtió en un problema para D. Vicente. Efectivamente con una memoria privilegiada, memorizaba las lecciones con rapidez, empleando el resto del tiempo al ocio y a los juegos normales de un muchacho de su edad.

Ello motivó que sufriera continuos castigos y llamadas al orden. Quizá por ello, manifieste aún ahora, que no tiene buenos recuerdos del seminario.

A pesar de estos problemas personales, la vida transcurrió con relativa normalidad, hasta que se produjo la primera crisis vocacional.

Su problema personal, lo analiza ahora con absoluta claridad. Don Vicente considera imprescindible la existencia de los seminarios menores, donde los seminaristas mantengan un contacto permanente con «la calle». Es decir, totalmente abiertos y libres para

conseguir excelentes seminaristas entre los que se hayan quedado, convencidos ya de su vocación sacerdotal.

Sufrió como otros muchos, la crisis del celibato, aunque tal como manifiesta, nunca pensó en abandonar la carrera sacerdotal.

Se refugió en la música, que es una de sus pasiones, y en el estudio de la literatura y teología. Estudió piano, órgano y composición, e incluso escribió poesía.

Compuso la música que se cantó el día que celebró su primera misa como sacerdote.

EL SACERDOTE

Fue ordenado sacerdote en el año 1929, siendo su primer destino la ciudad de Vinaroz en calidad de coadjutor-organista.

Guarda un gratísimo recuerdo de aquellos años, hasta el extremo de manifestar que fueron los más felices de su vida, especialmente porque comenzó a contactar con la juventud.

En el año 1933, es trasladado a Madrid para trabajar con la Acción Católica. Esta nueva misión le obliga a viajar por toda España, dando cursillos y charlas a la juventud.

Cuando mayor era su actividad, estalló la guerra civil española, que le sorprendió en la ciudad gallega de Tuy. salvándose probablemente de la muerte, dado que días antes, cuando se disponía a tomar unas vacaciones y viajar a Burriana, le pidieron que diera unas charlas en Galicia, sustituyendo a un compañero que se había puesto enfermo.

Lo cierto es que accedió, y en esos días estalló la guerra, pillando a Burriana en zona republicana. Allí mataron a un tío y un primo, ambos sacerdotes y probablemente a él, sino hubiera sustituido al compañero enfermo.

Regresó a Vinaroz en el mes de abril de 1938, cuando hacia pocos días que se había tomado la ciudad por el ejército nacional.

Fue precisamente en Vinaroz donde comenzaron a llamarle el «cura rojo» y el «enemigo de la Falange». Ello estaba motivado porque luchó y defendió por los derechos y bienes requisados a los republicanos de Vinaroz. De esta acusación a la archifamosa pancarta de «Tarancón, al paredón», transcurrieron muchos años, como más tarde veremos, pero su sentido de la justicia social no le nació con el advenimiento de la democracia, como algunos han podido creer.

Los fusilamientos de personas en Tuy, por cuestiones ideológicas, sin que nadie les imputara delitos de ningún tipo, impresionaron a este sacerdote, que reconoce haber aceptado hasta con simpatía el inicio de la guerra.

En los años de guerra, y los primeros de la post-guerra, le sirvieron para convencerse, que la Iglesia debía estar totalmente alejada de la política y dedicarse exclusivamente a las personas sin distinciones. Sin embargo, curiosamente subyace la idea de que el Cardenal Tarancón ha sido el más político de todos los Príncipes de la Iglesia de este siglo.

OBISPO CON 38 AÑOS.

Trasladado a Villarreal, como sacerdote, comenzó a rumorearse que iba a ser nombrado Obispo. El rumor se convirtió en realidad el día que recibió un telegrama de la Nunciatura, para que se presentara inmediatamente en Madrid.

El Nuncio, Gaetano Gicognani, no se creía la cara de sorpresa que puso D. Vicente. Los tres meses que tardaron en consagrarle Obispo, desde el telegrama, dice que los pasó fatal. Tiene la manía de que todas las canas le salieron entonces.

Era el Obispo más joven de España, con 38 años, y lo siguió siendo durante casi los diez años siguientes a su consagración. Sus compañeros le llamaban «el Obispillo», porque según manifiesta, los demás Obispos, pensaban que algunas de sus actitudes eran «chiquilladas».

Fue destinado en 1945 a la Diócesis de Solsona, una de las mejores, según dice por el número de habitantes que tenía entonces, aproximadamente 150.000 y porque se podía llegar a todos los feligreses.

Lo cierto es que el nuevo Obispo de Solsona se hizo famoso, por sus visitas inesperadas a las parroquias, poniendo en un aprieto a más de un pobre cura, por aquello del protocolo que existía entonces.

Allí escribió la más famosa Pastoral de su vida eclesiástica, bajo el título «El pan nuestro de cada día», en la que criticaba el hambre que sufría el pueblo, con el racionamiento, mientras más de un político de la zona se hacía de oro.

Desde entonces, según dice D. Vicente, mejoró el racionamiento y al pueblo le llegaron más alimentos.

Ahí comenzó a tener los primeros problemas como Obispo, no solo con los políticos, sino hasta con algunos compañeros.

Propuesto para otras diócesis más importantes, fue vetado, por ello quizá, estuvo 18 años en la de Solsona.

Con el respaldo del Cardenal Antoniutti, fue nombrado Secretario del Episcopado, simultaneándolo con el de Obispo de Solsona.

Ya en 1964 fue nombrado Arzobispo de Oviedo. En España, tenía otro mentor, en el Cardenal Pía y Daniel, existiendo entre ellos una corriente de afecto.

Según D. Vicente, en Oviedo no pudo ejercer su apostolado, como hubiera querido, porque coincidió con el Concilio Vaticano II.

En marzo de 1964, tomó posesión como Arzobispo de Toledo, lugar en el que tuvo sus primeros contactos serios con los entonces Príncipes de España, D. Juan Carlos y D^a Sofía.

El cambio de Oviedo a Toledo fue radical, en cuanto a tranquilidad. En Oviedo coincidió D. Vicente con las huelgas mineras.

Claro que, la tranquilidad de Toledo, también le duró poco, dado que en enero de 1971, tomaba posesión como Arzobispo de Madrid, siendo recibido especialmente por el Nuncio Monseñor Dadaglio.

VENCEN LOS PROGRESISTAS

En el Episcopado español, eran muy pocos los Obispos progresistas, partidarios además de la separación definitiva de la Iglesia y el Estado.

Esta línea progresista encabezada por el Cardenal Tarancón, tuvo el respaldo del entonces Papa, Pablo VI, al nombrarlo Administrador Apostólico de Madrid, a la muerte de Monseñor Casimiro Morcillo, el 30 de mayo de 1971.

Su nombramiento para Madrid, no le gustó al Cardenal Tarancón, porque creyó que era parte de una maniobra. Decidido y resolutivo, se fue a Roma, pero el mismo Papa le sacó del error. No era parte de una maniobra para la promoción de otros Obispos, como él creyó, sino designación directa del mismo Papa, que le había reservado, además, el cargo y la responsabilidad de ser el primer Presidente de la Conferencia Episcopal.

Convencido, regresó a España y aceptó el nombramiento de Arzobispo de Madrid.

La pequeña guerra abierta entre los progresistas y los conservadores venía de mucho tiempo atrás, y se agudizó durante el Concilio Vaticano II. El propio D. Vicente dice que «había muchos Obispos carcas» que, de ninguna manera, aceptaban la separación Iglesia-Estado y que estaban en contra de cualquier progreso de la Iglesia dentro de la sociedad.

El cambio importante del Cardenal Tarancón y los que le apoyan comenzó en el año 1966, cristalizando definitivamente en 1975.

Durante todo ese tiempo, D. Vicente sufre el acoso de los Obispos que confunden España con el régimen de Franco, y no pocas zancadillas.

Lo cierto es que a pesar de una brutal campaña de prensa contra el Cardenal Tarancón

ganó la elección como Presidente de la Conferencia Episcopal en marzo de 1972 por abrumadora mayoría, aunque este detalle no le guste recordarlo, porque considera que fue una victoria amarga. En esta campaña intervinieron Obispos, Cardenales y hasta el propio Gobierno, de forma encubierta.

Nadie consiguió callar a este Cardenal, que luchó durante muchos años por la reconciliación de todos los españoles y para que desaparecieran las «dos Españas».

Su trabajo al frente de la Conferencia Episcopal durante tres mandatos, ha contribuido a que la transición política haya sido pacífica siendo, junto con algunos políticos, los conductores de la misma.

Al cumplir los 75 años, presentó su dimisión, a pesar de que un amplio sector de la sociedad española, le pidió que siguiera.

Hoy desde su retiro en Villarreal, en Torre Anita, casa cedida por la familia Parra, de esta ciudad, D. Vicente se dedica a su pasión por la música, a escribir y preparar conferencias, y a charlar con la juventud en colegios y Universidades.

Lee libros y periódicos hasta el extremo de ser una de las personas mejor informadas de este país.